

Conexiones en la dispersión Trayectorias residenciales y memorias territoriales en una cooperativa de viviendas en formación*

Connections in the dispersion Residential trajectories and territorial memories in a housing cooperative in formation

EDUARDO ÁLVAREZ PEDROSIAN**

Abstract

Based on a collaborative ethnographic experimentation, started in 2019 with a housing cooperative in the Old City of Montevideo, we propose a reflection on alternatives to socio-territorial fragmentation and vulnerability focused on residential trajectories and territorial connections in proposals supported in projects for collective dwelling. First, we present the case: an innovative and defiant pilot plan, where the collective is conformed with a public call for the construction of buildings in “disperse lots”. Then, we move a first approach to the context and the subjectivities involved, and then we delve into representative cases of residential trajectory profiles and trends based on collective reflection exercises since cartographies and other participatory techniques. Finally, we present a discussion and conclusions about this kind of urban and housing phenomenon, the public policies involved and the anthropological implications in these.

Keywords: urban culture, socio-territorial transformations, social integration, Montevideo

Resumen

Con base en una experimentación etnográfica colaborativa, comenzada en 2019 junto a una cooperativa de viviendas de la Ciudad Vieja de Montevideo, proponemos una reflexión sobre las alternativas a la fragmentación socioterritorial y la vulnerabilidad centrada en las trayectorias residenciales y los vínculos territoriales en propuestas sustentadas en proyectos para un habitar colectivo. En primer lugar presentamos el caso: un plan piloto innovador y desafiante, donde el colectivo es conformado a partir de un llamado público para la construcción de edificaciones en “lotes dispersos”. Después, pasamos a un primer acercamiento al contexto y las subjetividades involucradas, para luego sumergirnos en casos representativos de perfiles y tendencias de trayectorias residenciales con base en ejercicios de reflexión colectiva desde cartografías sociales y otras técnicas participativas. Finalmente, presentamos una discusión y conclusiones sobre este tipo de fenómenos urbano-habitacionales, las políticas públicas involucradas y las implicancias antropológicas que conllevan.

Palabras clave: cultura urbana, transformaciones socioterritoriales, integración social, Montevideo

* Artículo recibido el 13/06/25 y aceptado el 12/11/25.

** Universidad de la República, Uruguay, Facultad de Información y Comunicación. San Salvador 1944, Montevideo, Uruguay
<eduardo.alvarez@fic.edu.uy>. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-1795-7792>.

Presentación: necesidades comunes, un plan piloto y un camino de construcción colectiva

La Ciudad Vieja de Montevideo (Uruguay) ha experimentado un proceso semejante a otros casos históricos latinoamericanos (Carrión 2009; Abin 2017). Se trata de la península fundacional, abandonada por sectores sociales históricamente acomodados desde la década de 1940 y degradada de manera paulatina, lo que se agudizó durante la última dictadura cívico-militar (1973-1984) con desalojos de la población de bajos recursos hacia las periferias urbanas y la instauración de políticas neoliberales (Laboratorio Urbano Reactor 2020), lo que la convirtió en objeto de especulación inmobiliaria y escenario de turistificación (Pérez Winter 2017). Aunque puede discutirse si se trata de una gentrificación consumada (Viera Casanova 2023), es incuestionable la tendencia expulsiva de la población tradicionalmente residente. Por ello y por el valor patrimonial e identitario asignado a la zona, lo que ocurre en la Ciudad Vieja de Montevideo es un asunto de suma importancia en términos políticos, técnicos y sociales. Existen áreas diferenciadas, como las que concentran la trama residencial, siendo la más grande en superficie –con una treintena de manzanas del típico damero de las Leyes de Indias (Capel 2002)– su extremo, conocido como Guruyú. Las cooperativas de vivienda por ayuda mutua –tan significativas en la historia de los movimientos sociales del Uruguay (González 2013)– llegaron con propuestas de reciclaje en la década de 1990 (Abin 2014), en tiempos del primer gobierno municipal de izquierdas. Las tensiones entre políticas orientadas al acceso a la vivienda y los impulsos especulativos determinan un ambiente de disputas territoriales (Abin 2017). El desarrollo de cooperativas de viviendas en contextos como el que nos ocupa ha alimentado reflexiones sobre posibles alternativas frente a la gentrificación cuando se realizan revitalizaciones urbanas (Díaz Parra y Rabasco Pozuelo 2013).

En estas circunstancias surge el plan piloto de la primera cooperativa en lotes dispersos, propuesta por la Intendencia de Montevideo luego de una primera etapa de diagnóstico sobre el abandono y deterioro de predios urbanos (Intendencia de Montevideo 2019), gracias a la confluencia de intereses variados: la Federación Uruguaya de Cooperativas de Viviendas por Ayuda Mutua (FUCVAM) –con experiencias previas en otros países (González 2013)–, organizaciones vecinales de Ciudad Vieja (Comisiones Plaza 1 y Derecho a la Ciudad) y propuestas académicas sobre cooperativismo y revitalización de áreas centrales de décadas

(Grupo de Estudios Urbanos 1983; Carmona 1993; Franco y Vallés 2012), junto a técnicos del Centro Cooperativista Uruguayo (ccu). El carácter de piloto viene dado por la conformación del grupo (a la inversa de toda cooperativa, a partir de un sorteo público entre inscritos que contaban con características socioeconómicas y vinculación residencial con la zona) y por la asignación de lotes diferentes para la construcción (por la morfología territorial).

Nuestro equipo de investigación, el Laboratorio Transdisciplinario de Etnografía Experimental (Labtee), se vinculó desde el comienzo del proceso en 2019 con la intención de aportar alternativas concretas ante las necesidades de la población y el potencial de las innovaciones socioterritoriales. Participamos en diversas reuniones con las entidades convocadas, en asambleas y talleres de formación cooperativista e instancias significativas para el colectivo, como el sorteo de selección de las familias integrantes y la firma de los estatutos de la cooperativa de viviendas. Durante 2020 llevamos a cabo un primer ciclo de talleres que, debido a la pandemia de COVID-19, se hizo en forma remota, lo que constituyó un gran desafío y una contribución necesaria para sostener el colectivo en gestación en tales circunstancias. En dichos talleres compartimos nuestras primeras producciones, relevamientos fotográficos de los predios en ruinas donde se construirían las viviendas (Álvarez Pedrosian 2024), incentivamos la creación de un blog con todo ello, más presentaciones, fotografías históricas personales y otros materiales sobre el territorio y su historia. De estas instancias veremos más adelante algunas publicaciones digitales y retomaremos testimonios generados en los intercambios virtuales a propósito de su lectura compartida. Pensar en el “diseño de la trama” (Álvarez Pedrosian, Barbieri Petersen y Bertero Cardoso 2021) fue el primer paso para problematizar y elaborar dispositivos etnográficos colaborativos (Lassiter 2005); se buscaba invertir la carga negativa de la “dispersión” de los lotes y los temores compartidos por técnicos y cooperativistas ante la fragmentación y posible desconexión de las futuras unidades residenciales entre sí. En 2022, un integrante de nuestro equipo se incorporó como comunicador de la cooperativa, y desde esa posición realizó su investigación de maestría. Durante 2023, al terminar la pandemia y retomar las actividades presenciales, propusimos una nueva serie de talleres de mayor alcance en lo relativo al proceso de conformación del colectivo, la experiencia del plan sociohabitacional piloto y la exploración de los fenómenos urbano-territoriales en juego.

Con base en técnicas de tendencia participativa (Red Cimas 2015), llevamos a cabo talleres sobre te-

máticas y aspectos culturales, comunicacionales y psicosociales, y acompañamos los procesos en diferentes ámbitos institucionales. Uno de estos talleres fue dedicado en específico a las trayectorias residenciales (García Almirall y Frizzera 2008) y los vínculos históricos con el territorio a partir de la realización de un mapeo colectivo (Risler y Ares 2013). De él proceden los testimonios que compartimos, en forma sintética y articulada, en este artículo, en tanto material etnográfico principal de análisis para la comprensión de las maneras de habitar, las cualidades de las configuraciones subjetivas presentes en el colectivo, las determinaciones sociales que han definido las condiciones de existencia de sus miembros (Bourdieu 2011) y los vínculos con ciertos lugares significativos del entorno donde se erigirán las construcciones en el siguiente periodo. La estrategia adoptada para ello consistió en la elaboración de dichas cartografías y su análisis en términos de procedencias y trayectorias, encontrando cualidades recurrentes en términos de secuencias, lugares y prácticas.

En otra ocasión nos centramos en las características histórico-morfológicas de los predios adjudicados a la cooperativa (Álvarez Pedrosian 2024), así como en las dinámicas colectivas de acción social (Álvarez Pedrosian y Barbieri Petersen 2024). Junto con ello, consideramos que lo aquí presentado servirá para el fortalecimiento de la propuesta y brindará herramientas

para otros procesos similares. En términos generales, creemos que se trata de una aportación para el estudio de los fenómenos del habitar contemporáneo desde el conocimiento de patrones o tendencias en la movilidad residencial conforme a dimensiones como la espacialidad, los arreglos residenciales (según regímenes de propiedad, alquiler u ocupación) y las motivaciones de los desplazamientos territoriales (Cosacov, Di Virgilio y Najman 2018). El proceso de consolidación del colectivo cooperativista y el avance hacia la etapa de construcción de las viviendas sigue en marcha, por lo cual no cesan de abrirse nuevas dimensiones de análisis y retroalimentaciones colaborativas en la investigación.

Desarrollo y análisis

*Primeros emergentes:
un lugar patrimonial para
enfrentar la gentrificación*

En unos talleres que llevamos cabo en forma remota durante la pandemia de COVID-19 propusimos crear un blog (Cooperativa Guruyú 2021). Allí destinamos un espacio para que pudieran presentarse quienes así lo desearan. En la figura 1 podemos ver las publicaciones más significativas.

Figura 1. Publicaciones en blog

Hola!!! Soy Emanuel ____, fui secretario de la Cope hasta este año, que soy suplente. Estudio Letras y Bibliotecología. Me encanta escribir. Publiqué artículos en revistas literarias y después un libro sobre Teatro con el apoyo del Teatro Solís. Paso mis días leyendo y escribiendo. Amo la Ciudad Vieja. Soy soltero y no tengo hijos.... Mí presentación «Íntima»
Mi nombre es Virginia ____, tengo 41 años y 3 hijos. Cuando cumplí 8 años me fui a vivir a Paysandú. Allí conocí a mi primer esposo, tuve 2 hijos con él y luego me divorcie. Conocí a mi segundo esposo con el cual tuve a mi tercer hijo. Tuve una adolescencia media complicada, mi primer hijo nació cuando tenía 16 años. Estuve en la calle y viví en un refugio. Perdí todo cuando se me prendió fuego el rancho y fuimos al refugio. Desde ahí nos consiguieron trabajo a los 2 y acá estamos de pie y con mucho esfuerzo esperando para levantar el hogar!!!
Mi nombre es Silvia y tengo 50 años. Mi hogar esta formado por mis 2 hijas, mi esposo y yo. Viví alrededor de Plaza Independencia hasta el 89', cuando me case y vinimos a Ciudad Vieja en Pérez Castellanos y Buenos Aires. Trabajé 26 años en Ciudad Vieja, en la panadería Almar que cerró hace unos meses y quedé sin trabajo. Ahora tengo una casa de compra y venta de ropa en 25 de mayo frente al Hospital Maciel, que la tenía mi mamá pero ella al fallecer y yo sin trabajo me dedique a ella. Hasta hace un poquito tiempo atrás habíamos decidido buscar alquiler más barato e irnos de Ciudad Vieja. Imagínense irnos de acá!!! Pero no teníamos otra opción, ya q las alquileres se cotizan cada vez más. Bueno pero nos freno la llamada de la Cope, nos volvió la ilusión de poder tener nuestra casita después de tantas malas q tuvimos este año!!! ¿Qué más decir? Contentos, muy contentos y ansiosos por empezar a levantarla!!!

Fuente: Cooperativa Guruyú, 2021.

Con Silvia, tuvimos la oportunidad de compartir de manera colectiva su publicación en el siguiente taller del ciclo y ahondar en varias de las temáticas implicadas. Los diálogos que se gestaron motivaron a que Mariano, un participante joven, se presentara formalmente, pese a que seguían suspendidas las reuniones presenciales. Así, lográbamos concretar uno de nuestros objetivos: entrelazar las subjetividades, buscando el reconocimiento y la oportunidad para generar nuevos vínculos ejercitando el pensamiento colectivo en ámbitos de socialización.

Un primer aspecto para destacar en los planteos de Silvia y las conversaciones suscitadas es su perfil de residente histórica de la Ciudad Vieja, así como la decisión familiar, modificada por el ingreso a la cooperativa, de dejarla debido a los altos costos de los alquileres. Es una de las causas principales de la política pública que da origen al plan piloto: “A nosotros, cada dos años, nos suben los alquileres.” Oriunda del fronterizo Departamento de Rivera, llegó a Montevideo con su familia de origen cuando era pequeña, residió en los límites externos de la Ciudad Vieja en una de las pensiones al norte del Centro hasta que, junto a su flamante marido, decidieron mudarse a la península en 1989. Luego de décadas de vivir allí y con un negocio heredado por vía materna, podía ser expulsada por el mercado inmobiliario. Un segundo aspecto de relevancia se refiere a su perfil sociolaboral y a las territorialidades implicadas. Primero, atendía al público en una panadería situada en la peatonal de calle Pérez Castellano,



a pocos metros del turístico Mercado del Puerto. De ahí la recuerda Mariano, en nuestro taller, pues fue cliente asiduo a lo largo de su adolescencia y juventud. Posteriormente, ella fue responsable de la tienda de venta de ropa de segunda mano ubicada frente al Hospital Maciel, rubro por demás significativo para la economía local y el tipo de comercios del área, casa por medio de dos predios contiguos destinados para la construcción de la cooperativa (Álvarez Pedrosian 2024). Complementaba sus ingresos con algún trabajo de limpieza doméstica. Esta ubicación desencadenó una serie de reflexiones interesantes en el taller y, después, por las potencialidades del contexto urbano signado por el histórico nosocomio de escala nacional: la concentración de actividades comerciales, la policlínica de atención primaria de salud hacia un lado, el dinamismo en el flujo y la movilidad (Álvarez Pedrosian 2009), incluso con paradas de transporte público: “Para cualquier persona que tiene un emprendimiento, tiene futuro, es muy bueno el punto: para una cocina, para una pizzería, quiosco, tienda, lo que sea...”

Mariano es un joven que estuvo en el colectivo cooperativista por ese entonces. Mientras Silvia narraba sobre su primera vivienda alquilada en Ciudad Vieja a un tal Luigi, en calle Pérez Castellano y Buenos Aires, Mariano toma la palabra: “El Tano... el marido de mi abuela por muchos años”, el cual, retoma Silvia, tuvo un quiosco-almacén allí. Mariano pasa a presentarse. “Familia toda de Ciudad Vieja. Hemos pasado también por varios lugares acá: Pérez Castellano y Piedras vivimos también, en frente a la panadería donde trabajabas [Silvia]. Así que varias veces te he comprado, de chico, los bizcochos...”, lo que causó sonrisas de simpatía generalizadas. Como Silvia, conocía a ciertos integrantes del grupo y vecindario, entre ellos el residente del predio más extenso de la cooperativa, frente al hospital: Heber, sobrino, a su vez, de las hermanas Ethel y Alejandra, de quienes más adelante conoceremos sus trayectorias residenciales: “Él vivió muchos años ahí... Nosotros pasábamos grandes momentos de nuestra infancia y adolescencia ahí. Nos juntábamos en su casa... gigante: la mamá no tenía problemas de aguantarnos a todos, así que... patio grande, un zaguán con un estar, tenía cuatro cuartos, dos altillos, con una cocina enorme... justo a ellos le dan el desalojo para derrumbar la casa... estaba en Primero de Liceo, 2007-2008”. Valoraba también la histórica configuración de esa vereda, como un espacio que “conservaba mucho de barrio: la verdulería, el almacencito, la casa de compra y venta de ropa... Los vecinos se cuidaban entre ellos... en la otra esquina estaba el bar.” A esto se suma la próxima Plaza 1: “bajá-

bamos ahí... estábamos todo el día ahí también... nada que ver con lo que se puede disfrutar ahora, en lo que era de escaso las comodidades que tenía... ahora es una plaza de lujo". Mariano contaba con la experiencia del cooperativismo de viviendas por ayuda mutua gracias a su familia de procedencia, integrantes del reciclaje Covicivi 3, ubicada también en el Guruyú (calle Cerrito entre Guaraní y Juan Lindolfo Cuestas). Había retornado al "cuartel general" al separarse de su entonces pareja.

Sobre la posibilidad de armar redes entre cooperativas, nos planteaba que resulta muy difícil una vez están conformadas: "la gente en su rutina normal, ya se acomodó en su casa, su terreno, es más difícil... Es más accesible hacer comunidad con cooperativas que están en formación, como la nuestra... lo he vivido acá, de una vez terminada la obra, cada uno en su casa". Recuerda el enorme esfuerzo que significó para sus padres trabajar al mismo tiempo en sus empleos y construyendo las viviendas. También cómo aparecieron restos arqueológicos de los primeros vestigios coloniales, cimientos del Fuerte San José, comenzado por los portugueses antes de su retirada. Esto supuso un cuidado especial y la creación de una cámara de aire entre el nivel histórico y la nueva obra: "es bueno que se permita... donde hubo una casa patrimonial o algo pueda haber gente viviendo, más que nada del barrio, porque parte del patrimonio es su familia, sus niños". Con su pequeño hijo se llega a la séptima generación en el barrio.

Biografías que hacen ciudad: perfiles y tendencias de trayectorias residenciales

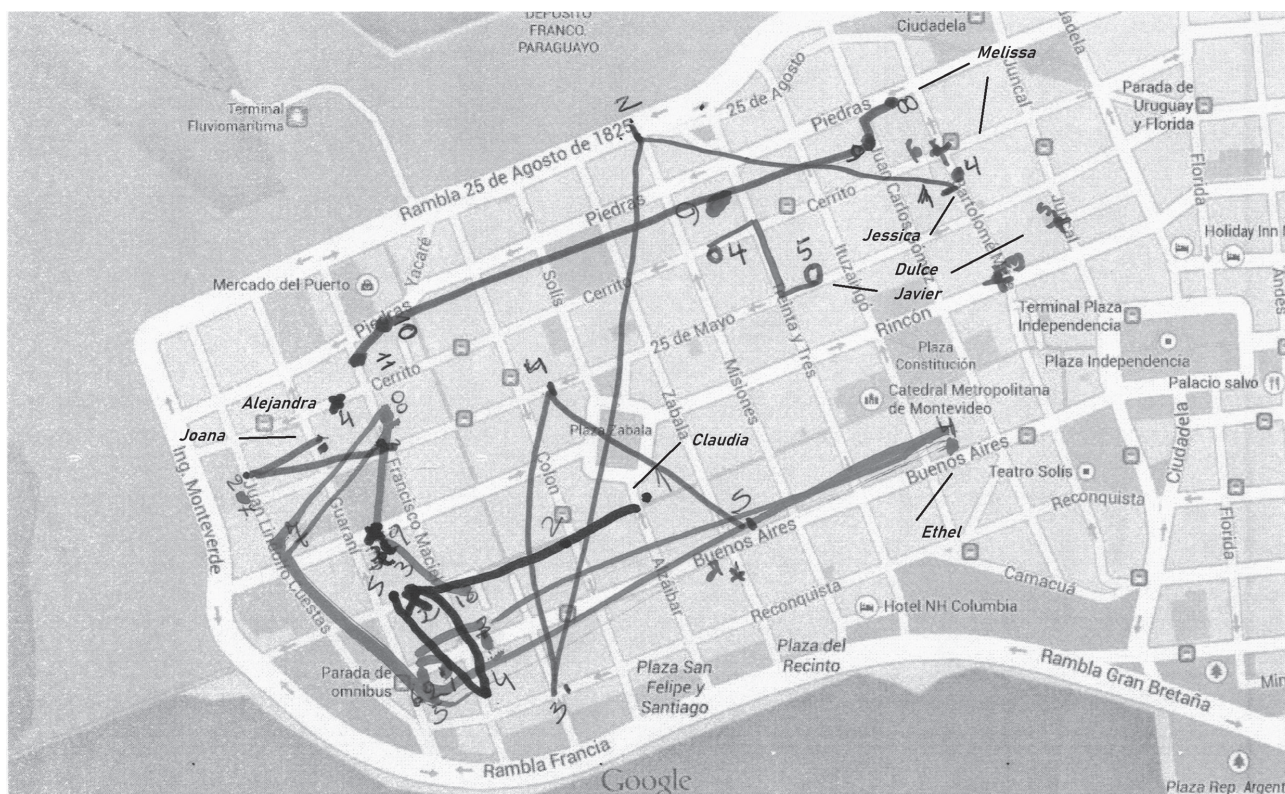
Ahora profundizamos en los diversos aspectos que consideramos centrales para una comprensión de tipo cartográfico de los procesos socioterritoriales presentes en esta experiencia colectiva (Risler y Ares 2013). Como se planteó en la introducción, llevamos a cabo una nueva serie de talleres en 2023, y volvemos a la presencialidad. En uno nos dedicamos a las trayectorias de vida con foco en lo residencial a partir de la construcción de relatos biográficos apoyados en soportes gráficos –el dibujo sobre planos a diferentes escalas– y la presentación de fotografías autobiográficas. El grupo de participantes puede ser pensado como una muestra significativa del padrón de integrantes de la cooperativa del momento: un tercio de los núcleos familiares, en su gran mayoría representados por titulares, en una proporción similar de "fundadoras" –como suelen autodenominarse– y de nuevas familias recién ingresadas. El resultado fue una experiencia maravillosa de entrelazamiento de trayectorias, donde se pudieron identificar relaciones múltiples y complejas entre subjetividades, espacios y territorialidades. Mucho de lo allí conversado no había sido compartido, incluso por quienes se conocen desde hace mucho tiempo, según lo expresaron en diversas ocasiones. Fue un medio y un fin para fortalecer los lazos sociales y construir identidad colectiva (Red Cimas 2015).

Figura 2. Taller de cartografía social con base en trayectorias residenciales



Fuente: Equipo de investigación, 2023.

Figura 3. Plano de la Ciudad Vieja intervenido con las trayectorias residenciales de participantes del Taller



Fuente: Equipo de investigación sobre Google Maps, 2023.

Figura 4. Fotografía satelital de la Ciudad Vieja de Montevideo



Fuente: Ideuy, 2017-2018 intervenida.

Planteamos tres tipos de trayectorias residenciales en relación con la procedencia y movilidad territorial: quienes han nacido, crecido y siguen residiendo en Ciudad Vieja (incluso específicamente en el Guruyú, donde se ubica la cooperativa y de lo cual tomó su nombre), quienes han migrado en diferentes etapas desde otros lugares de la ciudad y sitios del Uruguay, y quienes lo han hecho desde otras latitudes. Estos tipos genéricos a escala personal suelen presentarse combinados cuando examinamos los núcleos familiares, según la variable generacional.

Ethel y su hermana Alejandra nunca dejaron de residir en Ciudad Vieja. La primera nació en 1971, y en la actualidad se encuentra en su décima residencia. En el taller despliega un conjunto de fotografías seleccionadas de los álbumes familiares. Algunas fueron tomadas en el “conventillo” donde pasó sus primeros años (fig. 5). La vivienda colectiva de inquilinato –característica de las áreas centrales urbanas– se ubicaba sobre la calle Buenos Aires –una de las principales arterias longitudinales de Ciudad Vieja– dentro del Guruyú. Su propietario, durante un periodo, había sido una figura política nacional. En palabras de su hermana: “era como una familia, festejábamos la Navidad, los cumpleaños, todos juntos”. Ethel prosigue: “¿Vieron qué lindo que es? Nosotros vivíamos en las tres piezas de adelante, cuando se pudo... Mirá las plantas de mamá”. “Teníamos la pileta para lavar la ropa, gran historia tenía”, acota Alejandra. Eran más o menos doce piezas, habitadas por cuatro, cinco y hasta seis personas.

Aparecen otras fotos de familia: “éste es mi padre y mi abuela: ellos eran afro”. Luego, a los dieciséis años, “tuve familia, me casé y me fui a vivir a la casa de mi padre... en la misma cuadra, más abajo, más a la esquina”. Después de ciertas disputas pasaron un tiempo en lo de su madre, para mudarse a una nueva “pensión”, “la casa de Mota”, también por calle Buenos Aires: “vivíamos en una pieza”, con una niña pequeña y otra bebé. Posteriormente se movieron hacia fuera del Guruyú, pero sobre la misma calle; primera vez solos con los pequeños. Luego vuelve a aquella vivienda donde residía su padre, para después mudarse a una vivienda contigua, “la casa de piedra laja que está en la esquina, que ahora está cerrada”. Después se trasladó para la calle Lindolfo Cuestas, a un edificio de apartamentos frente a la Plaza de Deportes núm. 1. “Después me fui para la calle Maciel [...] y Cerrito, que fue la casa que se derrumbó”, a la vuelta de los terrenos contiguos donde se construirá la cooperativa. A fines de mayo de 2019 “se vino la pared lindera de la casa encima... (la cual había sido desalojada por precaución, aunque “se había metido” gente),

perdí toda la parte mía de adelante, donde estaba el taller... a partir de ahí hacerme todo de nuevo”. Tiempo después tuvo que volver a vivir con su madre, por tres o cuatro meses, junto a sus hijos, en un apartamento sobre calle Washington frente a la entrada secundaria del Hospital Maciel, a la vuelta también de los predios adjudicados (Álvarez Pedrosian 2024), pero en otra dirección. Por último, reside desde entonces en la peculiar callejuela en forma de ele Mercado Chico, llamada así “porque ahí se vendía las especias” en tiempos coloniales.

Salvo en una ocasión, el resto de los desplazamientos de Ethel fueron en el área del Guruyú. Su padre fue vendedor de periódicos del histórico Bar El Hacha (considerado el más antiguo en el rubro), ubicado a una calle de distancia del hogar de infancia. Su socialización se llevó a cabo en esas calles, asistiendo a la escuela pública Portugal, tomó la comunión en la Iglesia San Francisco de Asís y pasó horas de su juventud en la gran costanera Rambla Sur y su escollera.

Alejandra había ingresado recientemente al grupo cooperativo cuando llevamos a cabo dicho taller. Unos años menor que su hermana, también creció en el mismo “conventillo”: “ahí tuve a mi hija, que hoy tiene veintisiete años... Después, cuando tenía unos tres años, nos fuimos a la calle Sarandí, entre Guaraní y Maciel... Después nos fuimos para Washington, donde vivimos ahora”. Al par de años, en los tiempos de la crisis centrada en 2002, armó pareja con el padre de su segundo hijo, mudándose juntos hacia el otro lado del Hospital Maciel. Luego se separaron “por problemas económicos; él se fue a Buenos Aires y después no volvió nunca más. Yo me quedé con mi hijo... me volví para (el apartamento de la calle) Washington”. Lugar que alquilan desde hace unos veinticinco años; es el hogar materno, al que, cuando hace falta, retornan ambas e incluso otros hermanos, y donde Alejandra ha residido durante estos últimos años con su madre, sus dos hijos y su nieto.

Otra de las participantes que ha residido su vida en el barrio es Claudia, nacida en 1978. No recuerda su primer domicilio. El primero que aparece en su memoria es un apartamento ubicado en Sarandí y Alzaibar, a metros de los Plaza Zabala. De allí se mudó con su familia de origen a una casa a una calle de distancia, haciendo esquina con Colón –por lo general considerada como límite del Guruyú dentro de la península. Más adelante se fueron a otra casa, siguiendo por Sarandí, pero ya esquina Guaraní. Luego vivió unos tres o cuatro años en calle Maciel y Reconquista, siguiendo en Guruyú. Después volvió a la calle Sarandí, casa por medio de donde había estado años antes.

Figura 5. Ethel de adolescente en el conventillo, primera mitad de la década de 1980



Fuente: Compartido por participante en el taller.

Con Claudia pudimos tematizar la diferencia entre residir en apartamentos o casas habitadas por una sola familia, sea nuclear o extensa, como en la penúltima, según la característica tipología de las casas a patio (Pantaleón *et al.* 2002), con sus techos altos y numerosas habitaciones: “era una regrande, que tenía como cuatro apartamentos, que ahí vivía mi hermano con mi cuñada, mi madre con mi padre, yo con mi esposo.” Incluso tenían baños y cocinas separadas. Volvieron al sitio anterior “solamente mi madre, mi padre, mi marido y yo”. En la actualidad la configuración es otra: su madre, ella con su pareja, su hermano y sobrino. “Pienso que me va a costar mucho mudarme a un apartamento” plantea, al referirse al futuro en la cooperativa, “porque se reduce un montón”. Esto nos lleva, en la conversación, a dialogar sobre los espacios comunes y las posibles afectaciones de las prácticas en los otros, siendo el sonido lo primero en mencionarse (Domínguez Ruiz 2011); “no te podés ni pelear” acota Ethel.

Por último, en lo que respecta a este perfil poblacional, nos encontramos con el caso de Jessica, de

treinta y tres años, quien fue a nuestro taller con su hija adolescente. Después de idas y vueltas posteriores al sorteo original donde, junto a su madre, no tuvieron tanta suerte, logran ingresar en la fase de reorganización del colectivo. Su madre, nos dice, trabajó mucho por sacar adelante otro proyecto de viviendas que “se desarmó”, en el marco de los colectivos que se formaron con quienes se inscribieron en el sorteo original para el plan piloto y no fueron seleccionados, motivados por las organizaciones barriales de base. Redoblan las esperanzas y reafirman su compromiso: “Si ella arranca yo arranco atrás... porque siempre nos apoyamos”.

Su trayectoria residencial comienza en un apartamento ubicado en calle Bartolomé Mitres y Cerrito, en el área conocida hoy día como El Bajo, correspondiente al límite noreste peninsular. Dicha denominación se usó de fines del siglo XIX a principios del XX para un área de prostíbulos y pensiones hacia el sur, transformada con la construcción de la Rambla costanera (Carmona 1993: 89). Luego de diecisiete años, se cambiaron frente al puerto, sobre la Rambla 25 de Agosto:

“Ahí también eran apartamentos. Estaba mi madre, mi padre, mi hermana (melliza) y su novio. Después, yo quedé embarazada a los diecinueve años, viviendo ahí... en 2010. Bueno, me quedé sola, salí adelante porque mis padres me apoyaron.” Luego de siete años se mudaron hacia el sur del Guruyú, sobre calle Reconquista y Colón, hacia la otra costa. Allí “éramos tres”, el actual núcleo familiar. Después, hacia 25 de Mayo y Colón, donde recibió por algunos meses a su hermana y su pareja. De allí a la dirección actual, hacia el centro-sur de la península, en un reciclaje patrimonial: “una casona, parecido a una cooperativa porque es todo un patio y los apartamentos todos unos al lado de otros” sobre calle Buenos Aires y Zabala: “Es hermoso el apartamento... tiene dos balcones, uno hacia la cocina y otro en el comedor, eso es lo que te cobran. También escalera, son de dos plantas.”

Sobre su situación presente, Jessica optó por transmitirnos los conflictos de convivencia que está padeciendo. Un evento parece condensar su malestar, pasa a ser narrado y analizado colectivamente, como en la técnica del incidente crítico (Nail Kröyer, Gajardo Aguayo y Muñoz Reyes 2012):

fui a buscar un gatito perdido en la azotea [...] para hacerle el bien a una [...] chiquilina llorando en la puerta de casa. “¿Y quién está ahí?”, empezó [una vecina]. “Ya bajo señora” [le contesto]. “No se puede estar a esa hora... porque soy propietaria, hable con el dueño.” Pero digo: a mí qué me importa... estoy buscando un gatito, ya bajo. Encima, se tiende la ropa arriba, yo ya ni tiendo, para tener problemas... puse cuerdas en el balcón para tender. Porque encima, supuestamente, hay horarios para colgar la ropa... no estamos antes de las ocho y media.

Aquellos balcones tan valorados son trastocados, llenándose de ropa colgada que altera el paisaje hacia dentro y fuera de la vivienda, forzando la relación entre forma y función arquitectónica con resultados muy dudosos (incluyendo un mal secado de las prendas). A partir de este tipo de situaciones hemos desarrollado la noción de *autoritarismo del propietario* (Álvarez Pedrosian y Barbieri Petersen 2024), un tipo de régimen de poder que puede darse cuando conviven propietarios e inquilinos dentro de una misma unidad habitacional, según una jerarquización que distingue y subordina derechos y obligaciones de cada cual poniendo por encima a los primeros. En el trato cotidiano –traducido en normas y costumbres de convivencia– puede derivar en situaciones de desprecio y descalificación.

Con Joana pasamos al primero de los casos que trataremos del segundo perfil de trayectorias resi-

denciales, relativo a la migración, con diferencias de etapas sociohistóricas entre sí, desde otros lugares, tanto de barrios de Montevideo como de ciudades del país, localidades e incluso del medio rural. Nacida en 1985 y criada en el barrio Estación de Nueva Helvecia, en el litoraleño departamento de Colonia, Joana es la hija de una familia extensa, como pocas en las últimas décadas: “Ahí me crié, en la casa que mis padres lograron hacer [...] con mis diecisiete hermanos”. En el momento en que se planteaba esto en nuestro taller no podíamos salir del asombro, pensando además en los esfuerzos de su madre, tristemente acabada de fallecer. Fue la penúltima en nacer, “la más chica de las mujeres”. “Acá en Montevideo hay una hermana sola, que vendría a ser de las mayores, pero está en Manga. Y después están en Colonia –en Colonia del Sacramento, en varias ciudades... y pueblitos–; en San José... Tengo sesenta y un sobrinos”.

Ella migró siguiendo a su novio de entonces, luego esposo y padre de sus hijos, acompañándolo un año después en su traslado a Montevideo a la Escuela de Especialidad de la Armada. En 2005 se instalan en la Pensión Colonial, ubicada en la manzana donde están los dos predios contiguos adjudicados a la cooperativa y frente al tercero (Álvarez Pedrosian 2024): “ahí nos juntamos y ahí caímos –con una cajita, que era lo que teníamos, una olla que me prestó mi hermano, un par de platos que me dio mi madre y mi padre en ese momento, tenedores que no sé quién me dio [...] una tele y nuestra ropa–. [...] Ahí estuvimos viviendo en una pieza que daba para Guaraní, creo que cinco o seis meses, y nos hicimos amigos...”. El vínculo con la “encargada” fue de cuidados, “no sabíamos ni cocinar”, y posibilitó un cambio positivo de habitación, pues los ubicaron hacia el fondo con otras comodidades. Pudieron hacerse de los objetos necesarios para montar un hogar y al año se mudaron a un apartamento de dos dormitorios, en el mismo edificio donde residió Ethel frente a la Plaza de Deportes núm. 1, donde se conocieron. Estuvieron años, allí nació su primera hija y a los ocho meses se mudaron –pues les resultaba pequeño–, hacia una casa de altos, ubicada en diagonal al Hospital Maciel, “en frente al Was-ton” acota Ethel, uno de los clubes emblemáticos de la zona, donde, según precisa, el padre de Jessica vivió por años.

Desde 2019 –cuando se derrumbó la vivienda de Ethel– estuvieron residiendo en un complejo de viviendas para funcionarios de la armada, en Santa Catalina –otro localidad de pescadores devenido en suburbio en la Zona Oeste del Departamento capitalino, al otro lado del arco de la bahía–, destinado para “limpiar sueldo” (saldar deudas). “Nos fuimos por razones

económicas, porque pagábamos verdaderamente mucho, y yo estaba casi sin trabajo [...] siempre estuvo la posibilidad [...] pero siempre te dicen que están malas, que están feas [...] Pero cuando tuvimos la soga al cuello...”. Según dice ha sido la mejor decisión que han podido tomar: los niños crecieron en un ambiente muy cuidado y pudieron ordenar su economía doméstica. “Había posibilidad de extender por un año más, con una carta de la cooperativa, pero [...] era el momento de ceder el lugar. Y nos fuimos a alquilar, a unas ocho cuadras de donde estábamos [...] Es una casita, para el fondo.”

Joana se había inscrito en el padrón para el sorteo original del plan piloto. Les llegó información por sus vínculos territoriales: su esposo trabaja desde su llegada a Montevideo en el puerto, ella también consiguió sus empleos en Ciudad Vieja y sus hijos se mantuvieron inscritos en una de sus escuelas públicas, con la logística que ello implica en sus vidas cotidianas. Al no quedar seleccionada, como en el caso de la madre de Jessica, integró otro de los colectivos surgidos desde las organizaciones vecinales. Cuando al fin la llamaron por una plaza disponible, se sumó activamente.

Javier, por su parte, participó en nuestro taller como representante del núcleo familiar que tiene a su hija como titular (amiga, a su vez, de una amiga de Joana) y que incluye a su pequeño nieto. De reciente incorporación a la cooperativa, se mostró muy dispuesto a compartir sus vivencias y entablar vínculos. También había tenido otra experiencia previa con una cooperativa en Ciudad Vieja (de varias décadas de conformación, pero sin construir). Nacido en el medio rural del departamento también litoraleño de Paysandú, en 1965, pasó a un pueblo y luego a la ciudad capital local. Migró a Montevideo por 1989, motivado por la búsqueda de fuentes laborales y la posibilidad de seguir estudiando. Igual que en el caso anterior, una institución estatal, esta vez la policía, fue la opción para él, cuestión que se relaciona con otras realidades presentes en contextos donde no parece haber mayores oportunidades (Álvarez Pedrosian 2013). Buscó pasar a la órbita del Poder Judicial y, dentro de éste, a las oficinas asociadas a las cuestiones edilicias, por su interés en la arquitectura, carrera que procuró seguir estudiando hasta que le resultó imposible.

Gracias a este interés había llegado a Montevideo becado, vivió un año en el hogar estudiantil correspondiente a su departamento. Intentó seguir estudiando y se instaló, un año después, en una pensión hacia el sur del Cordón; luego, medio año en casa de un conocido en el periférico Pueblo Conciliación. Con el ascenso de cargo logra mudarse al Centro, próximo a Ciudad Vieja, reuniéndose con su esposa e hija.

“Nunca me gustó el Centro [...] tengo mucha facilidad de adaptarme, tanto a la ciudad como en campaña. [...] Vos tenés en Nueva York, por ejemplo, edificios de miles de metros, se genera un microclima abajo que no tenés el sol, en invierno... no hay barrio, no hay familia, los fines de semana no andan ni los perros”. En 1993 se divorcia y se van a vivir juntos él y su hija. Se mudan a Ciudad Vieja, calle Cerrito esquina Misiones: “siempre me encantó la Ciudad Vieja. [...] La movilidad, su arquitectura, obviamente, y más barrio.” Estuvieron años de caseros de un edificio; él se muda mientras su hija y nieto permanecen. Estuvo en pareja con una migrante dominicana por un par de años. También ejerce de casero, pero en un edificio del Poder Judicial. Se trata de una política que ya no se estila, donde se ofrecía esta posibilidad a funcionarios. En los momentos de nuestro taller su hija y nieto se habían mudado con él, al ser vendida la propiedad donde estaban.

En tercer término, pasemos a los casos de dos hermanas, Melissa y Dulce, de procedencia peruana, representantes del perfil poblacional migrante en la conformación del colectivo. Sus trayectorias regionales están marcadas por cambios etarios y la maternidad. Por experiencias previas ligadas a la Ciudad Vieja me anticipé a situar la región de procedencia de la familia en Chiclayo, en la costa norte del Perú, confirmado también por otras investigaciones donde se plantea la existencia de un “efecto red”, junto a un claro perfil de mujeres trabajadoras domésticas (Zeballos 2017). La primera en llegar fue la madre de ambas en el 2000, momento de crisis socioeconómica en Perú: “Nosotras nos quedamos con mi abuela. [...] En el 2004, por problemas familiares [...] nos venimos, al Centro: Convención y Soriano.” Melissa, mayor por cinco años, se volvió al año, en plena adolescencia: no había podido insertarse en el sistema educativo por la documentación: “no habíamos traído nada [...] nos fuimos de la noche a la mañana” y “antes era más difícil”, y extrañaba a sus amistades. Dulce, en cambio, ingresó en la escuela primaria de inmediato: “gracias a la directora y al maestro, que hasta el día de hoy hablamos. Me dejaron [...] entrar y que el proceso siguiera”.

Melissa regresó en 2008, con su primer hijo de un año y medio, conviviendo de nuevo con su madre y con su hermana, en una pensión de la calle Bartolomé Mitre y Cerrito, en El Bajo. Durante esos tres años ellas dos habían tenido que mudarse varias veces. Cerró la pensión donde estaban y coincidiendo con el paso de Dulce a la educación secundaria, se trasladan con su madre a Rincón y Bartolomé Mitre, acota Melissa: “lo mismo, seis meses y les cortaron el agua, la luz...”. Nos narran que tenían que cargar bidones

de agua en la Plaza Matriz, lo que despierta la indignación generalizada en el taller. La situación se iba a poner peor: “pasamos a una piecita [...] era de lo más precario, por decir así, porque era sólo dividido por un biombo [...] no llegaba hasta el techo. [...] al lado vivía una niña, con sus hermanitos; claro, la mamá tenía que trabajar, quedaba ella sola para atender... Cuando llegaba la madre, era, grito pa’ acá: ‘te denuncio, me pegaste, te denuncio’”. Los servicios compartidos eran deplorables, aunque cocinaban con “la típica garrafita dentro de tu habitación”. Su madre todo el día trabajando de empleada doméstica le dejaba preparado y pasaba el día sola. Eso era en el Centro, lo más lejano de sus amistades y con esa poca intimidad, por lo que vuelven a Ciudad Vieja, a la pensión Tammaro (calle Juncal y 25 de Mayo), la cual cerró al poco tiempo.

Siguió otra pensión, en Bartolomé Mitre y Cerrito, hacia El Bajo, al retorno de Melissa. Allí se reúnen en un apartamento compartido entre tres familias, con una habitación para cada núcleo. Éstas eran grandes, con una sala amplia y un patio: “eran amigos muy cercanos –nos comenta Dulce–, como siempre nos habíamos mudado cerca”, a lo que complementa Melissa: “Como que habíamos vivido en las mismas pensiones juntos, ya teníamos unos lazos”. También se cerró por problemas de pago del alquiler por parte de una intermediaria, que incluso era conocida. “La mayoría de las pensiones cerraban” afirma Dulce, caracterizando una situación extremadamente precaria y de vulneración de derechos (Fossatti y Uriarte 2018). “Estafaban a la gente: eran como viviendas que alquilaban y después no las pagaban más, pero a nosotros nos seguían cobrando [...] Y de la mañana a la noche venían y...” A aquella pensión siguió otra en calle Paysandú y Herrera y Obes, del lado del Centro. Nacen el segundo hijo de Melissa y el primero de Dulce, en la actualidad compañeros en la misma clase escolar. Después, Río Branco y Avenida Uruguay, a pocas calles; pero Dulce se muda a otra, de nuevo en El Bajo (Cerrito y Bartolomé Mitre). Pensiones de un mismo dueño, la de Dulce cierra primero por idénticas razones que las veces anteriores. Allí vuelve con su hermana, mientras ocurre lo mismo, pero algo cambia: el colectivo de residentes decide ocuparla. Siguen pagando las cuentas de electricidad y agua. Era el año 2013 y el asunto despierta el interés de los medios de comunicación.

En ese momento, Dulce, con dieciocho años y un niño pequeño, decide regresar a Perú. Estuvo casi dos años y regresó al Uruguay embarazada del segundo, y al año vuelve a retornar a Perú. Las idas y vueltas se corresponden con una relación difícil con el padre de sus dos hijos. Luego de siete años, vuelve al Uruguay con

los pequeños. Mientras tanto, Melissa se había mudado a la vecina Aguada, pero a un apartamento y, según la reconfiguración del grupo doméstico: Dulce retornaba a Chiclayo, mientras su tía llegaba con sus dos hijas, a un tiempo que Melissa ya era madre por segunda vez. Luego, Melissa se muda con su pareja y sus dos hijos a otro apartamento, de tres ambientes, volviendo a El Bajo. Después se cambian a la vuelta, a otro apartamento, “un monoambiente era en verdad”. Es ahí cuando ésta vuelve por última vez a Montevideo, uniéndoseles. Al mes, Dulce se muda al lado con su tía. Luego de otro mes, se establece sola con sus hijos y su madre, la cual sigue estando “todo el día trabajando”, a un monoambiente ubicado en la calle Zabala y Buenos Aires, en el centro-sur de la península: “es un desastre, tiene mucha humedad, se rompe todo, las paredes, [...] chiquititísimo, que tiene un entrepiso [...] Arriba entra una cama, dos roperos y ya está”. Con temporales de viento y lluvia el agua se cuela y moja sus pertenencias. De todas formas, dice estar en un vecindario tranquilo y lo valora muchísimo.

Melissa y su núcleo familiar se trasladan a otro apartamento en Guruyú, por calle Piedras frente al Museo del Carnaval, en un edificio vecino al cuarto predio que originalmente había sido asignado a la cooperativa y que quedó fuera (Álvarez Pedrosian 2024). Ahora habitan otro apartamento cercano, también en Guruyú, por calle Maciel y Piedras. Para la cooperativa, Melissa tiene asignada una unidad de cuatro dormitorios y Dulce una de dos.

Discusión y conclusiones

De la dispersión a la apuesta por la conexión

El término gentrificación conlleva controversias. Puede que en Ciudad Vieja no exista un desplazamiento tal de su población, pero la tendencia es acuciante y los efectos en la vida cotidiana de residentes amplifica sus vulnerabilidades. La situación se potencia por el grado y cantidad de predios deteriorados y otras cualidades como la concentración de población migrante en condiciones de inestabilidad laboral y formal en general (Viera Casanova 2023). Los residentes han elaborado históricamente estrategias en su habitar para sostenerse en el barrio dadas las motivaciones y los arreglos residenciales preponderantes, los de allegamiento y proximidad (Cosacov, Di Virgilio y Najman 2018). Esto explica, en parte, la resistencia ante la tendencia a la gentrificación, con sus momentos diferenciales a lo largo de estas últimas déca-

das. Una de las principales configuraciones ha sido el “nomadismo de circuito corto” (Romero Gorski 2003), en correspondencia con vaivenes económicos –pérdida de empleo, época de crisis–, emparejamientos y separaciones, agrupaciones en términos de parentesco y grupos domésticos ampliados (Netting, Wilk y Arnould 1984). Existen hogares instalados en apartamentos o casas que son alquiladas por décadas y constituyen bases comunes para familias extendidas, lugares donde retornar si la autonomía es interrumpida por escasez, por alguna reconfiguración en las alianzas matrimoniales, etcétera.

El nomadismo puede implicar puntos estables de referencia, áreas específicas de predilección y espacialidades arquitectónicas. El traslado de un sitio a otro conlleva una decisión importante, sopesar costos y beneficios, no sólo en términos monetarios del movimiento implicado y la evaluación de los gastos futuros, sino de la adecuación de las espacialidades a las prácticas del habitar cotidiano, donde forma y función se entrelazan en una estética pragmática de los ambientes de vida y sus territorios existenciales (Deleuze y Guattari 1997). Con márgenes reducidos para estas opciones, en situaciones inclusive de gran precariedad como la dominante en pensiones –en especial las informales y más aún las ilegales (Fossatti y Uriarte 2018), que incluso pueden estar ocupadas por sus inquilinos (Maciel Álvarez 2021)–, estas decisiones son muy difíciles de tomar. La espera por la vivienda cooperativa puede tornarse intolerable. La búsqueda de autonomía desde un proyecto colectivo en el ámbito urbano, en medio de territorialidades fuertemente regidas por las lógicas imperantes del capital, conlleva tensiones por momentos insoportables (Ouvina 2011). Ponerse manos a la obra, pasar a la etapa constructiva, resulta fundamental para vehicular las energías y avizorar un futuro próximo que va tomando forma (Álvarez Pedrosian 2018).

Identificar los “núcleos” en el contexto de la organización cooperativa habilita la posibilidad de reconfigurar lazos familiares y reagrupamientos. Por ejemplo, el caso de Ethel, convive con dos de sus hijos, pero está inscrita para una vivienda de cuatro dormitorios (de las pocas unidades grandes en esta cooperativa), pues se sumarán a ella su hijo de treinta y poco y el otro de trece años y su propia madre, quien por el momento reside con su hermana Alejandra. Antes también estuvieron “anotados” otro hijo de veinticuatro años (que hubiera compartido dormitorio con el mayor) y su hija, actualmente en Valencia, España. Los niños pequeños no justifican la existencia de dormitorios propios, y hermanos de un mismo género y próximos en edad son agrupados en uno. Estas defi-

niciones se relacionan con lo escaso de cada espacio; cuanto mayor es el número de habitaciones de la vivienda mejor valorada es, más aún al tratarse de metrajes reducidos. La titularidad del núcleo puede sumar o restar dormitorios, superficie total asignada, según la aritmética del parentesco tomada como base para el diseño arquitectónico.

La apuesta por la conexión a escala urbana, en este tipo de soluciones habitacionales tan valoradas por quienes la protagonizan, supone este nivel de negociación y ajuste para la conformación del colectivo según las necesidades de lo que se considera la unidad básica de conformación del colectivo: la familia, el factor más determinante del mercado de esa “extraña mercancía” (Topalov en Zamorano Villarreal 2007: 168-169). Ésta, en la contemporaneidad, se abre a modalidades más amplias según lazos que definen los llamados grupos domésticos (Blanton 1993), en este caso sostenidos, por el momento, en el parentesco, pero que pueden dar otro tipo de “unidades domésticas” (Zamorano Villarreal 2007).

Podemos caer en la tentación de pensar el arraigo territorial como fijeza (Manzo y Devine-Wright 2014), también podemos caer en el error de considerar los cambios residenciales como mayor libertad frente a la permanencia. Gracias a las diversas trayectorias analizadas hemos podido comprender la relevancia de los acontecimientos vitales y su impacto en las composiciones familiares y grupos domésticos (Clark 2013). Lo que aquí hay que tener en cuenta es la forma que adoptan en concreto las determinaciones que estructuran las posibilidades de elección para ciertas subjetividades: libertad de elección en las condiciones dadas. Y ello, además, en diferentes escalas, aunque ciertamente el hogar es la primera referencia. Mantenerse en un entorno barrial donde se inscribe un acervo cultural y unos lazos sociales marca la diferencia, pero hay que resolver la cuestión de la vivienda. Sopesar estas variables en sus múltiples circunstancias y diversas escalas es una ardua tarea que las familias más afectadas por los condicionamientos del mercado, laboral e inmobiliario, deben enfrentar.

Es evidente que propuestas de cooperativas de vivienda como la que nos ocupa aquí es una alternativa trascendente al respecto. Pero ello entraña, también, un cambio de régimen que a veces no es tomado en cuenta hasta el momento en que comienzan a plantearse las cuestiones concretas: la propiedad es colectiva, la gestión autónoma, las responsabilidades compartidas (Sosa 2015). La definición de las unidades familiares tiene algo de cristalización, pues fija cierta imagen del “núcleo”, de la red parental que conforma el hogar, que también es sabido que cambia con

el tiempo. Hace falta desacelerar el ritmo vertiginoso del capital, pues habitar se da en los tiempos ritualísticos de los cuidados cotidianos (Heidegger 1994): del crecimiento de las infancias, de la fragilidad de la vejez, incluso de la posibilidad de contar con ese mínimo espacio-tiempo de la intimidad donde disponer de nuestras cosas de la forma en que queramos, desplegar las prácticas que nos identifican, nos dan placer y/o necesitamos sostener para viabilizar nuestros intereses y necesidades.

Fuentes

- Abin, Emilia. 2014. "Por el derecho de los vecinos a vivir en su barrio: Cooperativas de vivienda en Ciudad Vieja de Montevideo". *Trama* 5, núm. 5: 61-75. https://tramarevista.files.wordpress.com/2011/08/trama_5_completa.pdf.
- Abin, Emilia. 2017. "Ciudad Vieja contemporánea deviniendo Casco Histórico. Reseña de Tesis". *Revista Uruguaya de Antropología y Etnografía* 2, núm. 1: 139-146. <https://ojs.fhce.edu.uy/index.php/revantroetno/article/view/48/54>.
- Álvarez Pedrosian, Eduardo. 2009. *Los estratagemas del Maciel. Etnografía de un hospital público*. Montevideo: csic-Universidad de la República.
- Álvarez Pedrosian, Eduardo. 2013. *Casavalle bajo el sol. Investigación etnográfica sobre territorialidad, identidad y memoria en la periferia urbana de principios de milenio*. Montevideo: csic-Universidad de la República.
- Álvarez Pedrosian, Eduardo. 2018. *Crónicas de un nuevo habitar. Producción de subjetividad urbana entre las mediaciones de un plan sociohabitacional*. Montevideo: csic-Universidad de la República.
- Álvarez Pedrosian, Eduardo. 2024. "La historia urbana en cada predio: genealogías de usos y trayectorias residenciales en la primera cooperativa en lotes dispersos de Montevideo". En *XVI Seminario Internacional de Investigación en Urbanismo (SIU)*. <https://revistes.upc.edu/index.php/SIU/article/view/12863>.
- Álvarez Pedrosian, Eduardo y Gerardo Barbieri Petersen. 2024. "Hacia un entretrejo cooperativista alternativo: acciones colectivas en el casco histórico de Montevideo". En *Memorias del VII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Antropología (ALA)*. Rosario: Universidad Nacional de Rosario. <https://sistema-alacongresos.net/ver/ponencia-completa.php?id=850>.
- Álvarez Pedrosian, Eduardo, Gerardo Barbieri Petersen y Matías Bertero Cardoso. 2021. "El diseño de la trama: desafíos y oportunidades de una cooperativa de vivienda en red". En *Memorias del XV Congreso de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (ALAIIC)*, 154-173. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana.
- Blanton, Richard. 1993. *Houses and Households: A Comparative Study*. Nueva York y Londres: Plenum Press.
- Bourdieu, Pierre. 2011. "La ilusión biográfica". *Acta Sociológica* 1, núm. 56: 121-128. doi: <https://doi.org/10.22201/fcps.24484938e.2011.56.29460>.
- Capel, Horacio. 2002. *La morfología de las ciudades. Tomo I*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Carmona, Liliana. 1993. *Ciudad Vieja de Montevideo 1829-1991. Transformaciones y propuestas urbanas*. Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria.
- Carrión, Fernando. 2009. "La centralidad histórica: entre el nacionalismo del pasado (monumento) y el sentido social de hoy (centro vivo)". *Centro-h*, núm. 3: 7-12. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=115112536001>.
- Clark, William. 2013. "Life course events and residential change: unpacking age effects on the probability of moving". *Journal of Population Research* 30, núm. 4: 319-334. doi: <https://doi.org/10.1007/s12546-013-9116-y>.
- Cooperativa Guruyú. 2021. "Nuestro camino". *Cooperativa Guruyú. Un espacio para conocernos*. <https://cooperativa.guruyu.wordpress.com/about/>.
- Cosacov, Natalia, María Mercedes Di Virgilio y Mercedes Najman. 2018. "Movilidad residencial de sectores medios y populares: la ciudad de Buenos Aires como punto de llegada". *Cadernos Metrópole* 20, núm. 41: 99-121. doi: <https://doi.org/10.1590/2236-9996.2018-4105>.
- Deleuze, Gilles y Félix Guattari. 1997. *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia II*. Valencia: Pre-Textos.
- Díaz Parra, Ibán y Pablo Rabasco Pozuelo. 2013. "¿Revitalización sin gentrificación? Cooperativas de vivienda por ayuda mutua en los centros de Buenos Aires y Montevideo". *Cuadernos Geográficos* 52, núm. 2: 99-118. <https://revistaseug.ugr.es/index.php/cuadgeo/article/view/1516/1719>.
- Domínguez Ruiz, Ana. 2011. "Digresión sobre el espacio sonoro. En torno a la naturaleza intrusiva del ruido". *Cuadernos de Vivienda y Urbanismo* 4, núm. 7: 26-36. <http://revistas.javeriana.edu.co/index.php/cvyu/article/view/5568>.
- Fossatti, Leonardo y Pilar Uriarte. 2018. "Viviendo sin derecho. Migraciones latinoamericanas y acceso a la vivienda en Montevideo". *La Rivada* 6, núm. 11: 42-60. <http://larivada.com.ar/index.php/numero-11/101-3-articulos/190-viviendo-sin-derecho>.
- Franco, Jorge y Raúl Vallés. 2012. "El acceso al suelo como parte de una política integral del hábitat urbano". En *De-recho al suelo y la ciudad en América Latina. La realidad y los caminos posibles*, de Martha Arévalo et al., 65-78. Montevideo: Trilce/Centro Cooperativo Sueco.
- García Almirall, Pilar y Agustín Frizzera. 2008. "La trayectoria residencial de la inmigración en Madrid y Barcelona. Un esquema teórico a partir del análisis cualitativo". *ACE: Arquitectura, Ciudad y Entorno* 3, núm. 8: 39-52. <https://upcommons.upc.edu/handle/2099/6575>.
- González, Gustavo. 2013. *Una historia de FUCVAM*. Montevideo: Trilce.
- Grupo de Estudios Urbanos. 1983. *La Ciudad Vieja de Montevideo*. Montevideo: Ediciones Banda Oriental.
- Heidegger, Martin. 1994. "Construir, habitar, pensar". En *Conferencias y artículos*, de Martin Heidegger, 127-142. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Intendencia de Montevideo. 2019. *Proyecto Fincas Abandonadas. Hacia una política departamental de recuperación de inmuebles abandonados*. Montevideo: Intendencia de Montevideo.
- Laboratorio Urbano Reactor. 2020. *Agenda (Inicial) de usos cívicos. Diagnóstico colaborativo sobre demandas y recursos para usos cívicos en inmuebles vacantes de la Ciudad Vieja de Montevideo*. Montevideo: Universidad de la República, Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo/Intendencia de Montevideo.
- Lassiter, Luke Eric. 2005. *The Chicago Guide to Collaborative Ethnography*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Maciel Álvarez, Federico. 2021. "El mercado de pensiones de Montevideo: la expresión invisibilizada de la precariedad e informalidad habitacional en el área central de la ciudad". Tesis de licenciatura en Sociología, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República, Montevideo. <https://hdl.handle.net/20.500.12008/29920>.

- Manzo, Lynne y Patrick Devine-Wright, eds. 2014. *Place Attachment. Advances in Theory, Methods and Applications*. Nueva York y Londres: Routledge.
- Nail Kröyer, Oscar, Jorge Gajardo Aguayo y Máximo Muñoz Reyes. 2012. "La técnica de análisis de incidentes críticos". *Psicoperspectivas. Individuo y Sociedad* 11, núm. 2: 56-76. doi: <https://dx.doi.org/10.5027/psicoperspectivas-Vol11-Issue2-fulltext-204>.
- Netting, Robert, Richard Wilk y Eric Arnould, eds. 1984. *Households: Comparative and Historical Studies of the Domestic Group*. Berkeley, Los Ángeles y Londres: University of California.
- Ouviña, Hernán. 2011. "Especificidades y desafíos de la autonomía urbana desde una perspectiva prefigurativa". En *Pensar las autonomías: Alternativas de emancipación al capital y el Estado*, de Ezequiel Adamovsky et al., 255-280. Ciudad de México: Sisifo Ediciones/Bajo Tierra.
- Pantaleón, Carlos, Laura Fernández, Anibal Parodi, Beatriz Abdala, Graciela Martínez y Norma Piazza. 2002. *Casa patio. Su capacidad potencial de transformación y adaptación a nuevos requerimientos funcionales*. Montevideo: Universidad de la República, Facultad de Arquitectura.
- Pérez Winter, Cecilia. 2017. "Los procesos de patrimonialización y turistificación en la legitimación de paisajes desiguales". *Sociedade & Natureza* 29, núm. 2: 195-208. <https://www.redalyc.org/pdf/3213/321353638002.pdf>.
- Red Cimas. 2015. *Metodologías participativas. Sociopraxis para la creatividad social*. Madrid: DEXTRA.
- Risler, Julia y Pablo Ares. 2013. *Manual de mapeo colectivo. Recursos cartográficos críticos para procesos territoriales de creación colaborativa*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Romero Gorski, Sonnia. 2003. *Madres e hijos en la Ciudad Vieja. Apuntes etnográficos sobre asistencia materno-infantil*. Montevideo: Nordan-Comunidad.
- Sosa, María Noel. 2015. "Ser usuarios: procesos de significación de lo colectivo de la propiedad en cooperativistas de viviendas por ayuda mutua en Uruguay". Tesis de maestría en Psicología Social, Facultad de Psicología, Universidad de la República, Montevideo. <https://hdl.handle.net/20.500.12008/4897>.
- Viera Casanova, Agustín. 2023. "Gentrificación en Ciudad Vieja. Una aproximación cuantitativa al proceso en el casco histórico de Montevideo (2011-2019)". *Seminario Internacional de Investigación en Urbanismo*, núm. 15. <https://revistes.upc.edu/index.php/SIIU/article/view/12502>.
- Zamorano Villarreal, Claudia. 2007. "Vivienda y familia en medios urbanos. ¿Un contenedor y su contenido?". *Sociológica* 22, núm. 65: 159-187. <https://www.scielo.org.mx/pdf/soc/v22n65/2007-8358-soc-22-65-159.pdf>.
- Zeballos, Mabel. 2017. "De Chiclayo a Montevideo. Usos y prácticas de trabajadoras peruanas de/en la ciudad de Montevideo, 2000-2015". *Etnografías Contemporáneas* 3, núm. 5: 92-119. <https://revistasacademicas.unsam.edu.ar/index.php/etnocontemp/article/view/443>.